



Fig. 128.—Vista de la isla de Philae antes de construirse la presa de Assuán.

Es curioso que en este reino de la Nubia se conservaron los estilos egipcios hasta los tiempos cristianos. Adviértese en él deliberado propósito de imitar aquellas vetustas civilizaciones que en otros tiempos florecieron en su territorio; los reyes nubios, por ejemplo, ponen empeño en hacerse enterrar en pirámides, como los primeros Faraones del Egipto, lo que ya resulta arcaico. Cuando en Alejandría reinan ya los Tolomeos, allí, en la lejana Nubia, los monarcas construyen aún en Meroe las pirámides de Gebel-Barkal, cuya forma es más alargada, más puntiaguda que la de las pirámides de Menfis y las demás del primer imperio egipcio (fig. 127).

Las pirámides de Meroe tienen aún al pie una capilla funeraria, recuerdo del primitivo templo del difunto. El cadáver se halla enterrado en el seno de la masa, que es de piedra labrada, con cuidadoso aparejo de los sillares. Las pirámides de Meroe fueron ya exploradas á principios del siglo pasado por Ferlini, descubriéndose las momias con sus joyas; pero la actual comisión de la Universidad de Liverpool ha de completar todavía el estudio arqueológico de estos monumentos.

Un extraño gusto arqueológico por los tipos de otras escuelas anteriores se manifestó aún con mayor grandeza y más bellamente en el propio Egipto, en tiempos de Psamético, *el Restaurador*, cuando después de dos siglos de ocupación oriental de asirios y persas, el valle del Nilo recobró su libertad y restableció sus dinastías nacionales. Entonces la capital se trasladó de nuevo al Delta; le convenía al Faraón hallarse cerca de la frontera del Asia, porque el lugar de peligro era el istmo. Sais fué elegida entonces por capital, y al arte de este período se le llama, por consiguiente, *arte saita*. Tebas, la capital antigua, quedó casi abandonada; su población, que había aumentado con



Fig. 129.— El gran templo de Philae inundado por las aguas de la presa de Assuán.

la presencia de la corte, fué disminuyendo; algunos barrios quedaron desiertos, y sólo alrededor de los grandes templos formáronse pequeños villorrios, que fueron tantos como grandes edificios había tenido la antigua metrópoli. Todo lo que hicieron los nuevos Faraones para restaurar los venerables monumentos tebanos, y hasta para construir á su lado otros nuevos, no fué suficiente para renovar la vida, que allí se iba extinguiendo poco á poco. Psamético construyó aún un pylon en Karnak, pero Tebas fué quedando como un verdadero museo, donde se guardaba perenne el recuerdo de sus dinastías gloriosas, y así se conservó hasta el tiempo de los emperadores romanos. Después la Tebaida fué, para los anacoretas cristianos, lugar de retiro predilecto, el desierto por excelencia, la soledad deseada.

En el Delta, en cambio, Psamético evocó un Egipto nuevo de entre las ruinas á que había quedado reducido después de las guerras con Nínive. Restauró los canales y los caminos, devolvió la tranquilidad al pueblo, reparó los antiguos monumentos, y en todas partes fomentó el gusto por las artes. En Menfis construyó el pórtico del templo de Phtah y el gran establo donde se guardaba el buey Apis. Habiendo encontrado destruido en parte el Serapeum, ó tumba de los Apis anteriores, mandó á sus arquitectos abrir nuevas galerías en una capa más sólida de terreno. A excepción del Serapeum, descubierto por Mariette, nada conocemos de esta famosa Sais, la última capital faraónica, y apenas su emplazamiento está indicado vagamente.

En cambio, por fortuna, se han conservado hasta hoy soberbios edificios

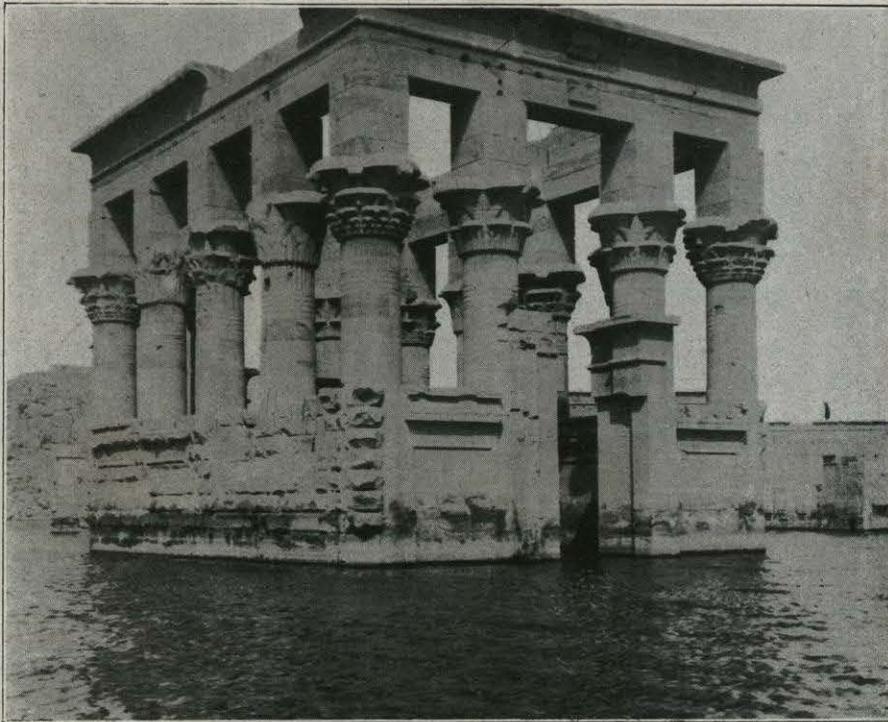


Fig. 130. — Isla de Philae. Pabellón de Nectanebo.

del arte saíta en el otro extremo del Egipto, ya en la frontera de la Nubia, en una isla del lago que formaba el río sobre la primera catarata. Esta presa natural del dique de rocas que producía la catarata, ha sido en estos últimos años levantada de nivel, en Assuán, con obras colosales, por los ingenieros británicos; las aguas han subido, y el Nilo embalsa allí una enormidad de millones de metros cúbicos de agua, que sirven de reserva para los períodos anuales de sequedad. El encanto de las rápidas corrientes del río en los alrededores de la catarata, sembrados de isletas, ha desaparecido, y las tierras sumergidas sólo muestran, encima de las aguas, los altos tallos de las palmeras y las partes más elevadas de sus edificios.

En una de estas islas de los rápidos del Nilo aseguraban los sacerdotes que estaba una de las tumbas de Osiris, y por esta causa se multiplicaron allí los templos y se convirtió en un sitio sagrado del Egipto. Los sabios de la expedición de Bonaparte, que fueron los primeros en estudiar los edificios de la isla de Philae, por primera vez también describieron el efecto que producía la isla maravillosa: «Al llegar más arriba de la catarata, por el camino abierto en la roca, donde discurrieron los antiguos peregrinos, se percibe en un momento dado todo el esplendor de la isla de Philae. Los grandes monumentos, los árboles que les rodean, las aguas del río, las orillas cubiertas de vegetación, forman un cuadro tan risueño que sorprende más al salir del árido valle inferior...» (Fig. 128). Y para que se vea el orgullo legítimo de los hombres de ciencia que acompañaban á Bonaparte, copiamos los siguientes párrafos, que escribían después de estudiar

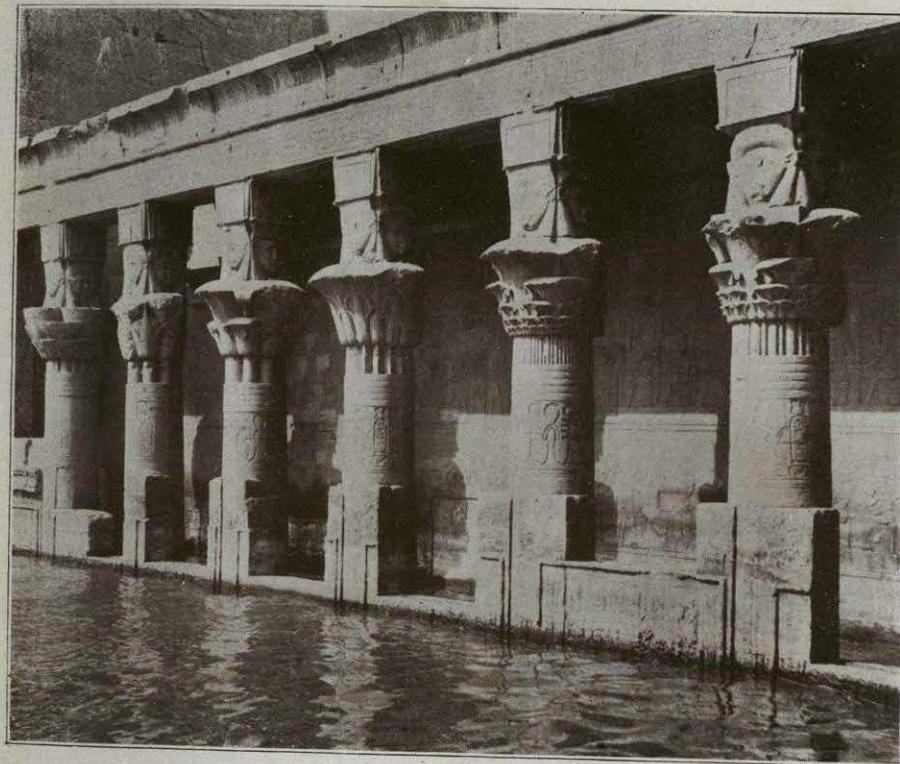


Fig. 131. — Pórtico de Philae.

las inscripciones griegas y latinas que cubren los templos de Philae: «Cerca de estas inscripciones, encima de la puerta del pilono, se ve otra leyenda que perpetuará durante siglos uno de los acontecimientos más grandes de nuestra época; está dedicada á la conquista del Egipto por el general Bonaparte, la derrota de los mamelucos, perseguidos por el general Desaix hasta más arriba de las cataratas, y la entrada de los franceses victoriosos en la isla de Philae. Más lejos, en el interior del templo, otra inscripción grabada en la misma época y por las mismas manos, fija con exactitud la posición geográfica de la isla. Así estos dos monumentos aseveran á la vez el testimonio glorioso del valor de los ejércitos de Francia y el no menos honroso de sus conocimientos, y esta asociación de las ciencias y las armas no será la menor gloria del gran capitán que, si emprendió la conquista de un país sumido en la barbarie, fué para llevar á él la luz de la civilización.»

El templo mayor de esta isla, que cubría casi la totalidad de su superficie, no es precisamente el que tiene más interés para nosotros; construído ó reedificado en la época del protectorado romano, aunque presenta todos los caracteres de los primeros templos egipcios, apenas se distingue en la planta y en el estilo de los grandes templos tebanos del Egipto tradicional (fig. 129). Pero en cada uno de los extremos de la isla se levantan dos elegantísimas construcciones, obra de las dinastías saítas, llamadas la una *el pabellón de Nectanebo* (fig. 130) y la otra *la alcoba del Faraón* (fig. 131). Son propiamente dos desembarcaderos ó



Fig. 132.— Coloso del faraón Psamético, en la selva de Menfis.

kioscos descubiertos, formados por exquisitas columnatas de una belleza incomparable. Ejecutados por los artistas saítas, apenas tenían precedentes en la arquitectura egipcia y demuestran la originalidad del arte egipcio hasta en sus últimos tiempos. Las columnatas, de bellas proporciones, reflejaban sobre las aguas, y su sombra deliciosa estaba más resguardada por un alto antepecho, quedando abiertos en los intercolumnios tan sólo unos espacios pequeños á modo de ventanas. La escalinata que desde el agua conducía á uno de estos edificios, tenemos que reconstruirla mentalmente: en un rellano se levantaba un gracioso obelisco de granito; más arriba se encontraba el pórtico, como recogiendo toda la brisa del Nilo. Desde allí la vista se extendía sobre el pequeño mar sembrado de isletas que formaba el río... Hoy las aguas, en su mayor altura, llegan hasta la mitad de las columnas; el obelisco, sumergido, sólo deja ver su remate sobre el nivel de la presa; los remeros penetran con su barca en el kiosco, y en las húmedas paredes se ve la sucia señal de las altas aguas del río cargadas de limo. *La muerte de Philae*, con sus edificios de los últimos faraones, puede que sea aún más completa si los ingleses se deciden á elevar el nivel de la presa de Assuán, como lo tienen en proyecto. Para que se vea que estas construcciones graciosas de la isla de Philae no eran una excepción única en el arte saíta, reproducimos el kiosco de Gertassi, en la Nubia, mucho más arriba de Philae, pero del mismo carácter y estilo. (Lám. VI).

Estas construcciones de kioscos tienen una gracia y una ligereza de proporciones que no se encuentran en los viejos templos tebanos; pero á veces los príncipes saítas quisieron imitar á sus antecesores faraónicos en su gusto por



El Kiosco de Gertassi en la Nubia.



Fig. 133.— Estatua de pórfido de Psamético. (Museo del Cairo).



Fig. 134.— Estatua de una reina saita, con el emblema de Hathor. (Cairo).



Fig. 135.— Pequeña estatua en bronce de la dama Takusit. (Museo de Atenas).

las figuras gigantescas y exageradas: en el oasis de palmas que forma la selva de Menfis hay una estatua colosal del faraón Psamético, derribada, que es una imitación de otro coloso de Ramsés II, erigido en el propio oasis (fig. 132).

Pero en estas obras descomunales los artistas de la época saita se nos presentan fuera de su centro; no en vano habían pasado los siglos y el Egipto se había puesto en contacto con otros pueblos más armónicos. «La pintura y el grabado de los jeroglíficos, — dice Maspero, — llegaron en la época saita á un grado de perfección admirable, multiplicándose las estatuas y los bajorrelieves. La escuela saita se caracteriza por su elegancia y finura de detalles, las materias más duras se dulcificaron con estilo puro, lleno de gracia y castidad.»

Decimos esto porque es muy frecuente asegurar que el Egipto se empeñó en conservar sus tradiciones y en repetir los motivos de las escuelas seculares, sin apenas ninguna innovación ni cambio en sus varios renacimientos, durante sus grandes dinastías. Pero muchas veces, creyendo imitar ó reproducir un tipo arcaico, produjo sus obras más originales. En esta época de los príncipes saitas, el gran poder y la fuerza expansiva de los faraones conquistadores había declinado para siempre. Toda la magnificencia de los Tutmés, Seti y Ramsés era ya imposible, y más bien en sus postrimerías el Egipto admiraba los ideales simples, con la quietud y la paz de las primeras dinastías, cuando la nación vivía tranquila, sin la ambición de dominar el mundo. Por esto, en todas las obras de los tiempos de los príncipes saitas adviértese el propósito de reproducir, de entre todos los estilos, los más primitivos. Los ricos se hacen enterrar en cáma-

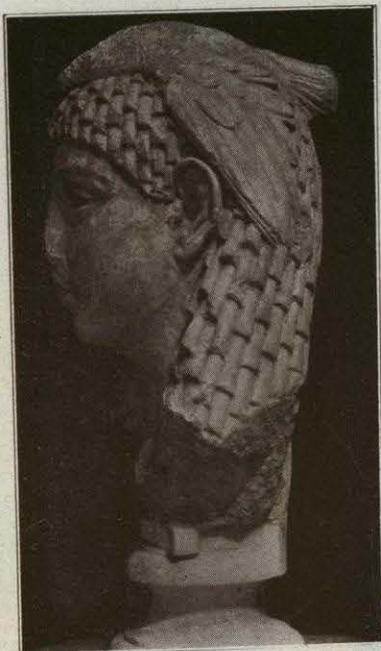


Fig. 136. — Retrato de una princesa saíta (Museo del Vaticano).

ras en cuyos muros copian escenas de las antiguas mastabas, como si las costumbres fueran aún las de la época de los constructores de pirámides; pero en la interpretación de estos viejos tipos, ¡qué novedad, qué elegancia más moderna!

Las esculturas labradas con preferencia en las piedras más duras, el rojo granito ó el pórfido verde, son de formas simples, en posiciones hieráticas, como las de los primeros faraones. Se ha huído de la naturalidad, suprimiendo los pliegues de los vestidos: las estatuas parecen envueltas en un manto ideal que se adapta al cuerpo en formas redondeadas. Son interesantes, por ejemplo, las estatuas de Psamético, del Museo del Cairo, vestido como los monarcas antiguos y empuñando el cetro del doble Egipto, ceñida la tiara de los viejos reyes, que ya había caído en desuso (figura 133). Otra reina lleva en la cabeza los cuernos y la luna, símbolo de Hathor, la Venus egipcia (fig. 134). Las mismas formas redondeadas, suavemente contorneadas en bronce, son las de una dama saíta, representada en una maravillosa estatuíta del Museo de Atenas (fig. 135). El tocado de esta dama, Takusit, es el mismo de las estatuas funerarias de las primeras dinastías, cuando el imperio acababa de constituirse y se conservaba aún la tradición de las pelucas prehistóricas. Pero en el estilo hay una exquisita novedad, una elegancia refinadísima de civilización madura en la voluptuosidad de formas de aquel retrato. En otra cabeza de la época saíta, del Museo Vaticano, sobre la peluca tradicional se ha puesto un gracioso adorno, un pájaro bellísimo con las dos alas extendidas (figura 136).



Fig. 137. — Vasos canópeos. (Egypt Exploration Fund).

Otra escultura interesante es una copia de la vaca Hathor descubierta en Deir-el-Bahari, de que ya hablamos en el capítulo anterior.

La vaca Hathor de la época saíta era ya conocida hace mucho tiempo y el Museo del Cairo la guardaba como una obra de segundo orden, despertando relativo interés, hasta que fué descubierto su modelo de Deir-el-Bahari. La comparación es curiosa: la vaca saíta, labrada en piedra dura, es un esfuerzo de *diletantismo* refinado; la otra, el original, es una estatua viva y animada, á pesar de haberla tallado en caliza.

Las tumbas nos han proporcionado también, en perfecto estado de conservación, el ajuar funerario. El difunto era enterrado con sus joyas, su vajilla, sus muebles y sus vestidos. Las entrañas se depositaban en sendos vasos de piedra labrada, llamados *canopes*, de formas graciosas, sirviendo de tapadera una cabeza esculpida (fig. 137). El ajuar funerario de las tumbas, todos los enseres que acompañaban al cadáver, nos han permitido conocer no pocos objetos de uso común, y vemos en ellos reproducidos el gusto y estilo que caracterizan los grandes monumentos: las molduras (la gola invertida y el baquetón), la flor de loto y el papiro, etc., etc. Algunos de estos objetos artísticos tuvieron un desenvolvimiento tan feliz, que fueron adoptados sin variación por los artistas clásicos de Grecia y Roma (fig. 138). Los pequeños vidrios y las porcelanas fueron imitados después por los fenicios y griegos, que hicieron con ellos un comercio universal. Las joyas egipcias fueron disputadas también por las grandes damas romanas, y las vitrinas del Museo del Cairo, que contienen los despojos de las momias de algunas reinas de las grandes dinastías, son pasmo del visitante, sorprendido de tan exquisita fastuosidad. Hay una feliz combinación de la riqueza y de lo bello en los grandes collares regios, con varias hileras de piedras de vivos colores entrelazadas con figurillas de oro esmaltadas, y con enormes placas colgantes que alternan con los escarabeos místicos. El marfil era una de las materias que más afición tenían en labrar los artistas egipcios. Usitarsén, el gran faraón de la duodécima dinastía, se expresa así en una estela traducida por Maspero: «Nadie en el mundo nos gana á mí y á mi hijo mayor en el trabajo de los metales,



Fig. 138. — Sillón egipcio. (Museo Británico).



Fig. 139. — Porcelanas egipcias. (Museo de Gerona).

del oro, la plata y las piedras preciosas, hasta el ébano y el marfil.» Esto indica el interés que por el arte se tomaban los más elevados personajes. Las obras de orfebrería y vidriería y las porcelanas de Egipto fueron estimadísimas durante toda la antigüedad.

La cerámica ó porcelana egipcia, casi monócroma, era barnizada con un esmalte azul verdoso, con el que dibujaban hábilmente en platos y vasos las figuras de palmas, lotos y otras flores que llenaban todo el campo. Los griegos estimaban mucho los pequeños vasos egipcios de esta porcelana, que á veces tenían formas de animales. Dos de ellos, encontrados en la colonia griega de Empurias, en España, se custodian en el Museo de Gerona (fig. 139). Eran también habilísimos los egipcios en la metalurgia, y desde muy antiguo conocieron y trabajaron el hierro. La ligereza de sus obras puede comprenderse por un carro egipcio de batalla, encontrado en una tumba de Tebas y hoy día en el Museo Arqueológico de Florencia (fig. 140).

RESUMEN. — La única colonia del Egipto, la Nubia, ó sea el valle superior del Nilo, está llena de edificios que no son exactamente iguales en disposición á los del Egipto propiamente dicho: ó bien están excavados en la roca, ó forman cámaras rodeadas de columnatas y pilares, que dejan un pórtico en sus cuatro fachadas. Los templos labrados en la roca se llaman *speos* y los mayores son los de Ipsambul. Como templo rodeado de pórticos el más antiguo conocido es el de Elefantina; otros hay en Meroe, la capital de la Nubia. Un postrer renacimiento del Egipto tuvo lugar bajo las dinastías llamadas *saitas*, que tienen en Sais la capital. Sus obras más importantes que se han conservado son los templos y edificios de Philae. La escultura, dotada de gracia aristocrática, representa con sumo refinamiento los tipos antiguos.

El Egipto tuvo desde los primeros días de su antiquísimo imperio un estilo bien característico en sus artes industriales. Las joyas con esmaltes son bellísimas, como también los muebles, los marfiles y las armas. Su cerámica era una porcelana esmaltada de color azul, que los fenicios y griegos llevaron á todas las regiones del Mediterráneo.

BIBLIOGRAFÍA. — Sobre la Nubia. HOSKINS: *Travels in Etiopia. Meroe*, 1836. — MASPERO: *Restauration des temples immergés de la Nubie. Service des Antiquités*, 1907-1910. *Archeological survey of Nubia*, 1908. — Sobre los templos de Meroe. GARNSTANG: *University of Liverpool. Arch. Institute. Annual meeting*, 1910. — Sobre Philae, véase: *Description de l'Egypte*, vol. V.

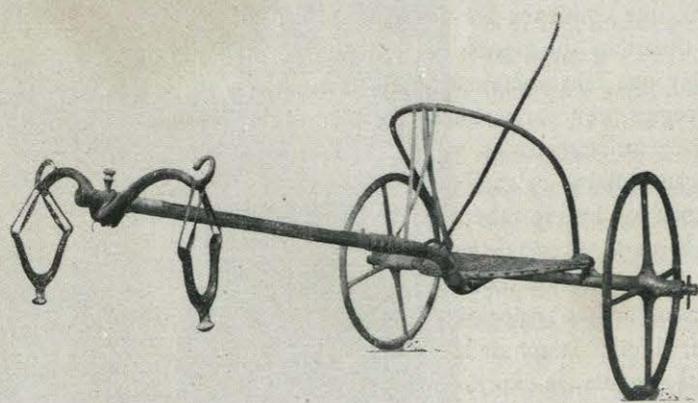


Fig. 140. — Carro egipcio. (Museo de Florencia).



Fig. 141. — Excavaciones de Sírula. (Sarac-Heuzey).

## CAPITULO VI

ORÍGENES DE LA ASIRIOLOGÍA. — ARTE CALDEO. — CONSTRUCCIONES DE BABILONIA.

UNOS cincuenta años atrás (precisamente antes de 1843) no se conocían otras fuentes históricas de los antiguos imperios del Asia que las repetidas maldiciones de los profetas hebreos contra Nínive y Babilonia. Nínive, la capital de los monarcas asirios, *la caverna de los leones*, era ya un montón vastísimo de ruinas cuando Jenofonte, con sus diez mil, atravesaba el Asia. Babilonia, la metrópoli caldea, medio destruída, provocaba la admiración de Herodoto, que transmitía á la posteridad la leyenda fantástica de sus edificios, con sus templos y jardines, puertas y murallas. Estrabón la encuentra ya casi desierta, pero nunca se perdió, como de Nínive, la noticia de su emplazamiento. Los ladri-

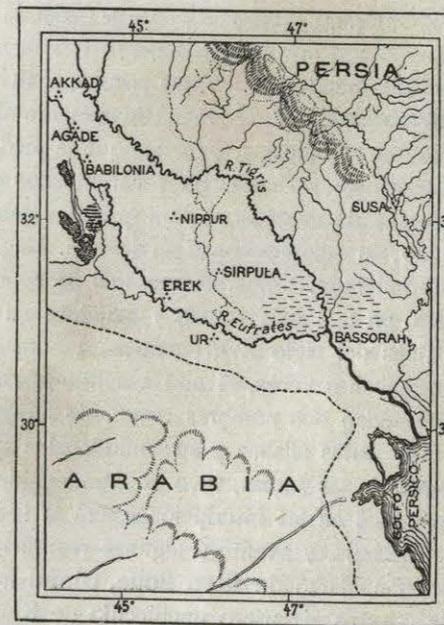


Fig. 142. — Ciudades antiguas de Caldea.